



VALLÉS

SEMANARIO DE F. E. T. Y DE LAS J. O. N. S.
SEGUNDA ÉPOCA DE "ESTILO"

AÑO III

GRANOLLERS, 15 Noviembre 1942

NUM. 110



La prosperidad de todas las clases sociales españolas está íntimamente ligada a la fortaleza de la nación en todos sus órdenes.

FRANCO

EDITORIAL

POSICIÓN DE ESPAÑA

HACE varios días que la guerra entró en el Marruecos francés, en Argelia y en Túnez. Banderas Norteamericanas ondean sobre Argel, Orán y, probablemente, ondearán sobre Túnez y Casablanca. España permanece ante los acontecimientos en situación de serena expectación, no en plan indiferente, porque esos nombres que son hoy de actualidad para el mundo han sido, son y seguirán siendo siempre de actualidad en nuestros recuerdos y en nuestras aspiraciones sostenidas a través de la Historia.

España sabe muy bien lo que esas tierras representan en su curso histórico y el esfuerzo, la sangre, el sudor y el amor que puso en ellas como conquistadora y civilizadora; sabe lo que Orán representa para ella, ligado a la memoria de aquel abad y ballestero que fué fray Francisco Ximénez de Cisneros; sabe del andar con la pica auestas, reseca las gargantas de sed de agua y el corazón de sed de gloria, de los soldados del Emperador; sabe, lo que dejamos y lo que allá existe todavía nuestro; sabe, en fin, que esas tierras son espacio vital de España, que están unidas a ella por vínculos estrechos de raza interés e historia. Lo sabe. Por eso su posición ante este azar de la guerra no es la de indiferencia; no lo es ni puede pensarse que lo sea.

El destino de los marroquíes y norteafricanos va ligado reciamente con nudos raciales e históricos, espirituales y materiales al destino de España. Lo que nos costó años de brega terrible con las armas y de misión terrible con el alma nos lo ganaron con juegos habilidosos de cancillerías.

Las actuales alteraciones y la situación del África del Norte, tienen que considerarse, por tanto, como circunstanciales. España permanece atenta y serena ante los acontecimientos y mantiene la posición y todas las aspiraciones que ha sostenido a través de la Historia.

20 DE NOVIEMBRE

6.º Aniversario de la muerte de José Antonio

El próximo día 20 se cumple el sexto aniversario del asesinato más vil e ignominioso perpetrado por la «justicia» de la renegada república en la persona del más puro y mejor de los hijos que España haya tenido: José Antonio.

No hace falta hacer una apología de José Antonio porque a la sola pronunciación de su nombre se nos presentan las imágenes diversas de su vida azarosa dedicada por completo al servicio de España, pero queremos destacar el alto significado emotivo de dicha efemérides, porque José Antonio en el supremo trance de su muerte es en donde se nos aparece con caracteres más delimitados que nunca. Su ademán justo, que elimina por completo toda heroicidad teatral, su arrogancia serena a la lectura de su propia sentencia a muerte ha sido destacada por sus mismos asesinos.

El día antes de morir, en la Prisión Provincial de Alicante donde le tenían preso redactó su testamento cuyo contenido insertamos a continuación por estar seguros de su interés y por ser su lectura mucho más elocuente y expresiva que todo cuanto nosotros pudiésemos decir de nuestro Fundador y Primer Jefe.

José Antonio: ¡PRESENTE!

Condenado ayer a muerte, pido a Dios que si todavía no me exime de llegar a ese trance, me conserve hasta el fin la decorosa conformidad con que lo preveo, y, al juzgar mi alma, no le aplique la medida de mis merecimientos, sino la de su infinita misericordia.

Me acomete el escrúpulo de si será vanidad y exceso de apego a las cosas de la tierra el querer dejar en esta coyuntura cuenta sobre alguno de mis actos; pero como, por otra parte, he arrastrado la fe de muchos camaradas míos en medida muy superior a mi propio valer (demasiado bien conocido de mí, hasta el punto de dicitarme esta frase con la más sencilla y contrita sinceridad), y como incluso he movido a innumerables de ellos a arrostrar riesgos y responsabilidades enormes, me parecería desconsiderada ingratitud alejarme de todos sin ningún género de explicación.

No es menester que repita ahora lo que tantas veces he dicho y escrito acerca de lo que los fundadores de Falange Española intentábamos que fuese. Me asombra que, aún después de tres años, la inmensa mayoría de nuestros compatriotas persisten en juzgarnos sin haber empezado ni por asomo a entendernos y hasta sin haber procurado ni aceptado la más mínima información. Si la Falange se consolida en cosa duradera, espero que todos perciban el dolor de que se haya vertido tanta sangre por no haberse abierto una brecha de serena atención entre la saña, de un lado, la antipatía, del otro. Que esa sangre vertida me perdone la parte que he tenido en provocarla, y que los camaradas que me precedieron en el sacrificio me acojan como el último de ellos.

Ayer, por última vez, expliqué al Tribunal que me juzgaba lo que es la Falange. Como en tantas ocasiones, repasé y aduje los viejos textos de nuestra doctrina familiar. Una vez más observé que muchísimas caras, al principio hostiles, se iluminaban, primero con el asombro y luego con la simpatía. En sus rasgos me parecía leer esta frase: «Si hubiésemos sabido que era esto, no estaríamos aquí». Y, ciertamente, no hubiéramos estado allí, ni yo ante un Tribunal popular, ni otros matándose por los campos de España. No era ya, sin embargo, la hora de evitar esto, y yo me limité a retribuir la lealtad y la valentía de mis entrañables camaradas, ganando para ellos la atención respetuosa de sus enemigos.

A esto atendí, y no a granjearme con gallardías de oropel la póstuma reputación de héroe. No me hice «responsable de todo», ni me ajusté a ninguna otra variante del patrón romántico. Me defendí con los mejores recursos de mi oficio de abogado, tan profundamente querido y cultivado con tanta asiduidad. Quizá no falten comentaristas póstumos que me afeen no haber preferido la fanfarronada. Allá cada cual. Para mí, aparte de no ser primer actor en cuanto ocurre, hubiera sido monstruoso y falso entregar sin defensa una vida que aún pudiera ser útil y que no me concedió Dios para que

la quemara en holocausto a la vanidad como un castillo de fuegos artificiales. Además, que ni hubiera descendido a ningún ardid reprochable, ni a nadie comprometía con mi defensa y sí, en cambio, cooperaba a la de mis hermanos Margot y Miguel, procesados conmigo y amenazados de penas gravísimas. Pero como el deber de defensa me aconsejó no sólo ciertos silencios, sino ciertas acusaciones fundadas en sospechas de haberseme aislado adrede en medio de una región que a tal fin se mantuvo sumisa, declaro que esa sospecha no está, ni mucho menos, comprobada por mí, y que si puedo sinceramente alimentarla en mi espíritu la avidez de explicaciones exasperadas por la soledad, ahora, ante la muerte, no puede ni debe ser mantenida.

Otro extremo me queda por rectificar. El aislamiento absoluto de toda comunicación en que vivo desde poco después de iniciarse los sucesos, sólo fue roto por un periodista norteamericano, que, con permiso de las autoridades de aquí, me pidió unas declaraciones a primeros de octubre. Hasta que hace cinco o seis días conocí el sumario instruido contra mí, no he tenido noticia de las declaraciones que se me achacaban, porque ni los periódicos que las trajeron ni ningún otro me eran asequibles. Al leerlas ahora declaro que entre los distintos párrafos que se dan como míos, desigualmente fieles a la interpretación de mi pensamiento, hay uno que rechazo del todo: el que afea a mis camaradas de la Falange el cooperar en el movimiento insurreccional con «mercancías traídas de fuera». Jamás he dicho nada semejante, y ayer lo declaré rotundamente ante el Tribunal, aunque el declararlo no me favoreciese. Yo no puedo injuriar a unas fuerzas militares que han prestado a España en África heroicos servicios. Ni puedo desde aquí lanzar reproches a unos camaradas que ignora si están ahora sabio o erróneamente dirigidos, pero que a buen seguro tratan de interpretar de la mejor fe, pese a la incomunicación que nos separa, mis consignas y doctrina de siempre. ¡Dios haga que su ardorosa ingenuidad no sea nunca aprovechada en otro servicio que el de la gran España que sueña la Falange! ¡Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles! ¡Ojalá encontrara ya en paz el pueblo español, tan rico en buenas cualidades entrañables, la Patria, el Pan y la Justicia!

Creo que nada más me importa decir respecto a mi vida pública. En cuanto a mi próxima muerte, la espero sin jactancia, porque nunca es agradable morir a mi edad, pero sin protesta. Acéptela Dios Nuestro Señor en lo que tenga de sacrificio, para compensar en parte lo que he habido de egoísta y vano en mucho de mi vida. Perdono con todo el alma a cuantos me hayan podido dañar u ofender sin ninguna excepción, y ruego que me perdonen todos aquellos a quienes deba la reparación de algún agravio, grande o chico.

CRONICA INTERNACIONAL

La guerra se extiende a nuevos escenarios

LOS Estados Unidos e Inglaterra se han lanzado en África a una operación de gran estilo. Argel Orán y algunas plazas costeras de la zona francesa de Marruecos han caído en sus manos. Se combate desde el Atlántico hasta la frontera tunecina —ya se anuncia la ocupación de Bona— aunque con intensidad desigual. Las potencias anglo-sajonas explotan a fondo la situación equívoca del ejército y de la administración colonial francesa poco dispuestos a aceptar la derrota de la metrópoli. Los elementos Degaulistas prestan su ayuda a los invasores y aunque en Marruecos ha sido dominado su actitud hace imposible la unión de todas las fuerzas francesas en un bloque compacto para resistir victoriosamente a los agresores.

En estos días, como en Junio de 1940 Francia se juega su porvenir. La existencia —o subsistencia— de la Francia de Vichy sólo se explica en razón de su Imperio. El mantener a ese Imperio al margen de la contienda fué la causa de que el vencedor aceptara la autolimitación que supone un armisticio. Pero ahora la situación vuelve a plantearse en toda su gravedad. «Francia tiene que resistir si no quiere ser eliminada de Europa», declara la Wilhelmstrasse y el llamamiento que la Legión de Combatientes ha dirigi-

do al pueblo francés se plantea angustiosamente la misma cuestión: ¿Qué pasará si cualquier potencia extranjera arroja a Francia de su Imperio? Por de pronto, Laval ha salido para Berlín y en Vichy el nerviosismo es creciente.

No han faltado voces en Francia, que en previsión de estos acontecimientos pidiesen la colaboración de las fuerzas alemanas en la defensa del Imperio, mediante un acuerdo análogo al firmado con el Japón para la defensa de Indochina, acuerdo que garantizase la soberanía de Francia en los territorios de ultramar. Ahora es ya demasiado tarde. Mientras escribimos estas líneas llega la noticia de que las tropas alemanas están procediendo a la ocupación de la Francia de Vichy. Es la consecuencia natural de la caída del Imperio y de dos años de errores. La guerra entra en una nueva fase. Ambos adversarios están decididos más que nunca a conseguir la victoria y la intensidad de la lucha no hará más que aumentar.

Mientras tanto, Rommel se ha retirado hasta Sidi Barrani - Sollum y concentra sus fuerzas entre Tobruk y las citadas poblaciones. ¿Será esta la zona elegida para intentar un esfuerzo supremo? Bien pronto hemos de saberlo.